Illmo. Sr. Dr.
D. IGNACIO MONTES DE OCA.
(Ipandro Acaico.)

LIT. H. IRIARTE, MEXICO.

IPANDRO ACAICO

ENTRE las tribus nómades de los antiguos árabes, habia la costumbre inmemorial de que cada vez que en alguna de ellas aparecia un poeta, ese descubrimiento era celebrado con festines, músicas, juegos y bailes; no sólo por aquella tribu, sino por todas las vecinas que con ella estuvieran en paz.

Y á fe que tenian razon, porque aun cuando no sea más que en el sentido figurado, un «verdadero poeta» merece más el título de profirogénito (nacido en la púrpura), que los hijos de los emperadores de Oriente, á quienes se aplicaba ese nombre.

No es esto soplar con el viento del orgullo en el cerebro de todos los que hacen versos, porque si el demonio de la soberbia quisiera levantarse en esos corazones,

no dejaria de producirles el efecto que, segun los católicos, produce el agua bendita á la familia de Satanás, aquello de « verdadero poeta, » que equivale, para enfriar ánimos engreidos, á tosecilla maliciosa que interrumpe pedantesco discurso.

Pero como la calificacion del mérito, por más que se diga, no es el patrimonio de los contemporáneos, y nosotros de contemporáneos hablamos, nos reducirémos á dar un voto, apreciable sólo en esas balanzas docimásticas de Gumesindo Mendoza, y unos datos que sólo podrán aprovechar los Basilios Perez Gallardo del porvenir.

Ya hemos por incidente nombrado entre nuestros poetas á Ipandro Acaico, y ya el público sabe que bajo este nombre es conocido el arcade romano y compatriota nuestro, obispo D. Ignacio Montes de Oca.

A quien han distinguido con sus merecidas alabanzas Mendez Pelayo, Miguel Antonio Caro, el más famoso de los traductores de Virgilio, y nuestro modesto y valioso Roa Bárcena, poco cuidado debe dársele de que Cero arremeta contra él, y estará más tranquilo que la Luna cuando el profeta de los creyentes prometió metérsela en un bolsillo. Pero como seria faltar á la justicia dejar á Ipandro Acaico sin suerte en esta distribucion de « Ceros, » con todo el respeto que su saber nos merece y con todo el cariño que su amistad nos inspira, dirémos para comenzar: « esta es, señor, la estrena de mis

afanes oratorios, y este el exordio de mis funciones pulpitales, » como dijo Fray Gerundio de Campazos en su sermon del Sacramento.

Ipandro Acaico se ha distinguido en el mundo de la literatura, no sólo por sus poesías originales, sino por sus hermosas traducciones de los bucólicos griegos.

Dedicado á la carrera eclesiástica, y ocupando un alto puesto en la gerarquía de la Iglesia católica, Ipandro Acaico ha sentido su inspiracion detenida por terribles ligas, y todavía al publicar los Idilios de Bion en 1868, viene disculpándose con la homilía de San Basilio sobre la lectura de autores profanos, y con lo que dicen San Gerónimo y San Francisco de Sales, y con el ejemplo de San Crisóstomo, y aun con el del mismo San Pablo.

Miguel Antonio Caro cita tambien en abono de estos trabajos de Ipandro Acaico, á Lactancio, á Juvencio, á San Próspero y San Gregorio Nacianceno, y á poetas como Lope de Vega, Calderon y Moreto, curas; á Tirso de Molina (Fray Gabriel Tellez), fraile; y hasta á D. Juan Nicasio Gallego y á D. Alberto Lista.

Y si ejemplos faltaran, nosotros, aunque sin tan profundos conocimientos, citariamos al monje Barlaam que fué el que primero resucitó en la Italia el estudio de los clásicos griegos; al cardenal Bessarion y al singular protector de esta literatura, el Pontífice Nicolás Quinto.

Pero estos no son más que ligeros escrupulillos de Ipandro Acaico y de sus amigos; que entre los escrito-

res eclesiásticos ahí está Luitprando, subdiácono de Toledo, diácono de Pavía y obispo de Cremona y de Luizon, que escribió una historia del Imperio griego, en donde hay cuentecitos que no se desdeñaria un poeta francés de tomar como argumentos para alguna ópera del género de las de Offenbach; y sin embargo el obispo de Cremona no tenia más escrúpulo en esto, que desagradar al rey Berengario II, que le envió de embajador á Constantinopla.

Ipandro Acaico siente, como todos los poetas, la necesidad de cantar al amor; y ménos despreocupado que el Padre Fray Manuel Navarrete, desahoga su inspiracion con la traduccion de los bucólicos griegos.

Esa necesidad de sacudir alguna vez las cadenas que oprimen el pensamiento, se manifiesta á los ojos del observador, aun en las cosas más triviales.

¡Con qué satisfaccion, con qué rostro tan placentero oyen algunas veces los arzobispos y los obispos, y los hombres más graves y sesudos, un cuentecillo color de rosa, con tal de que vaya velado con las trasparentes gasas del bien decir! ¡Con qué placer se le deslizaban á Quevedo aquellos romances, como « yo el menor padre de todos, « « Padre Adan, no lloreis duelos, » ó las « Cartas del caballero de la Tenaza,» despues de haber meditado y escrito la « Vida de San Pablo,» la « Virtud militante,» la « Política de Dios,» y el « Gobierno de Cristo. »

Hace cincuenta años, cuando el dominio del clero era

tan absoluto que los transeuntes no pasaban jamas cerca de un sacerdote sin quitarse el sombrero los varones, y besarle la mano las mujeres y los niños; cuando las conversaciones en todas las tertulias, sobre todo delante de señoras, giraban siempre sobre el sermon del Padre Fulano, sobre la plática del Padre Mengano, sobre los maitines de Catedral, la Kalenda de Loreto, el vespertino de San Francisco ó las Tres Horas de la Profesa; cuando á todas las novias las iban á *pedir* los canónigos ó los curas; cuando todos los niños jugaban con capillitas, y en todas las enfermedades ofrecian las muchachas ponerse el hábito; entónces, como una venganza, como una muestra de insurreccion de los espíritus, pasaban de boca en boca, lo mismo en las tertulias de los ricos que en el *chocolatero* de los canónigos, ó en el cuadrante de las parroquias, cuentos de religion y de sacerdotes en que se ponian en ridículo al culto y á sus ministros.

Reian de muy buena fe todas aquellas timoratas personas, cuando les referian que al alzar la hostia, un cura vió en un espejo á un muchacho que se subia en uno de los árboles del cementerio, y exclamó: « sube, picaruelo, ya verás cómo bajas; » y se contaba la historia de las tres herejías; y todo ese libro que se llama de los *Ejemplos*, y que no olvidó en su coleccion Rivadeneira, está formado de cuentecillos por el estilo, en donde andan á las vueltas San Gregorio y San Agustin, y el Papa Martino, y Santa Teodora, y San Benito, y otros santos.

Porque, digan lo que quieran los que sostienen aquello de que

« Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,»

hoy el que es católico lo es, y ni la hipocresía tiene para qué tomar parte en la religion, ni la herejía necesita engañar disfrazándose.

Un poeta que lleva el hábito de sacerdote debe de encontrarse á cada paso con terribles dificultades; no porque la religion ahuyente á las bellas letras, ni porque sea un mal ejemplo para la grey la poesía erótica de su pastor, sino porque el mal sentido del vulgo confunde al poeta con el hombre, y cree que el que escribe unos versos de amor está enamorado, y el que canta los goces de la buena mesa es un gloton de primera fuerza; y no se comprende que por esto el poeta es distinto de los demas hombres, porque puede crear, y el Dante no podia haber sentido al mismo tiempo la agonía de las víctimas y el rencor de los verdugos.

Ipandro Acaico, como poeta, puede compararse á Miguel II, que arrancado de la prision en que le tenian sus enemigos, y revestido con el manto imperial, ántes de poder limar los grillos que sujetaban sus piés, gobernó muchas horas aherrojado, cubriendo con la púrpura los eslabones de sus cadenas.

Entre el genio de Justo Sierra y el de Ipandro Acaico,

hay la diferencia que entre «la salvaje inspiracion del Dante,» usando de las palabras del célebre historiador Gibbon, «y los clásicos y monótonos cantos del Petrarca.»

La poesía de Justo Sierra es el paisaje fantástico en que la montaña alza sus enhiestas rocas, y muestra sus flancos cubiertos de árboles gigantes, entre los cuales se despeña el torrente y cruzan las nubes arrebatadas por el huracan; la poesía de Montes de Oca es el parque del potentado británico en donde los árboles obedecen, en sus elegantes formas, á la mano del hombre; las aguas trasparentes se derraman de surtidores de bronce, sobre fuentes de mármol, y las flores y los arbustos forman caprichosos y artísticos dibujos.

En Justo Sierra la inspiracion ahoga á las reglas; en Ipandro Acaico las reglas asfixian á la inspiracion.

Ipandro Acaico, fuera de sus magníficas traducciones, tiene que entretener á las musas con sus *florecillas del breviario romano*, con *sonetos históricos* ó *mitológicos*, con *himnos* ó *canciones sagradas* y con algun ensayo heróico, como *Fiesco*.

Pero cuenta entre sus sonetos muchos bellísimos, que si quisiéramos citar, ocuparian muchas columnas.

Sin embargo, Ipandro Acaico forma una nubecilla por cierto, que oscurece el lustre de su coleccion de poesías, y es cuando resbala en el terreno de la política.

Esas frases que arranca á su lira al tratarse de México, no cuadran á la dulce caridad que predicó el mártir del

Gólgota, ni al cuerdo patriotismo de San Gregorio Magno, ni siquiera al *altruismo* frio de los modernos *sociologistas*.

De todos modos, Ipandro Acaico es una de las glorias literarias de México; su nombre es saludado con respeto en el Viejo Mundo, y algun dia él comprenderá que si los hijos honran á la madre, tambien la madre honra á los hijos; quizá entónces vuelva á tener por su país y por su raza el cariño ardiente con que hoy México dice, como Cornelia la romana: «siento más orgullo en ser madre de los Gracos que hija de Scipion el Africano.»

LAS ODAS DE PÍNDARO

DICE Aristóteles que nunca debe uno hablar de sí mismo ni bien ni mal, porque si es bien, será vanidad insufrible, y si mal, necedad ridícula. Razon tiene el estagirita; pero á pesar de tan sabio consejo, siempre Cero va á hablar de sí mismo, aunque no sean sino unas cuantas palabras.

No escribo para los sabios: en primer lugar porque me encontraria yo en el caso de Fígaro, en la pregunta de ¿quién es el público y dónde se le encuentra?; en segundo lugar, porque no sé cómo se escribirá para los sabios, y en tercero, porque siendo tan pocos, segun dice Fray Luis de Leon, no valdria la pena de calentarse para ello la cabeza, cuando la moderna ciencia del comercio tiene establecido el principio de «para ganar mucho vender mucho; y

para vender mucho, vender barato; » y este es el siglo de Mercurio, por más que Minerva quiera decir que es el suyo.

Así pues, no es extraño que Cero hable y escriba tanto en un estilo, que nuestros calaveras llamarian *catrerito*, aunque los maestros en el buen decir, llevados de la indulgencia propia de quienes saben, lo bautizarian con el ménos ofensivo nombre de estilo llano.

Ha llegado á mis manos un libro intitulado: « Odas de Píndaro, » traducidas en verso castellano por Ipandro Acaico, y materia dará ese libro el dia de hoy para mi natural locuacidad y distraccion de mis lectores.

Antes de todo, preciso será decir que hay un rasgo de patriotismo en el prólogo de esta obra, que viene á rehabilitar á Ipandro Acaico de las duras apreciaciones que por su falta de cariño á México y á los mexicanos, hice en mi artículo anterior.

Y ciertamente es satisfactorio leer en la primera página y en la carta dirigida á D. Marcelino Menendez Pelayo, las siguientes líneas:

« Al fin remito á vd. la version de Píndaro, con tanto ahinco solicitada y hace mucho tiempo ofrecida; pero no va manuscrita como vd. la espera, sino impresa con bellos tipos en la capital de la que fué Nueva España. A pesar de las ventajosas proposiciones de los editores de Madrid, prevaleció en mi ánimo un sentimiento de patriótica vanidad, y quise que la primera traduccion métrica española del príncipe de los líricos saliese á luz en la misma México que vió nacer al traductor.»

Antigua es, entre los maestros de la literatura, la cuestion de si es posible traducir á los clásicos antiguos griegos y latinos, y si en caso de ser posible, los poetas deben traducirse en prosa ó en verso.

El abate Dubos ha tratado de probar que las mejores traducciones no ponen, á los que no entienden el griego ó el latin, en estado de comprender las bellezas de un poeta que escribe en alguno de estos idiomas; que al traducirlos pierden el vigor de su estilo y sus mayores bellezas, y llega á sentar en sus « Reflexiones sobre la poesía y la pintura,» que en una traduccion se pierden los hermosos rasgos y se conservan fielmente todos los defectos.

Doussault declara intraducibles á los clásicos por la imposibilidad de reproducir en nuestras lenguas modernas el carácter, el gusto y la diccion del latin ó del griego. Marmontel en sus elementos de literatura, duda hasta de que Tácito haya sido traducido, y Montesquieu llega al anatema contra los traductores.

Realmente esto es llevar más que á la exageracion, al ridículo, el fanatismo literario; es, por decirlo así, el fetiquismo del idioma, y es suponer que el objeto de las palabras que el escritor empleaba no puede conseguirse sino con sus mismas palabras y en oídos acostumbrados á la pronunciacion y á las modulaciones de aquel idioma.

En efecto, ¿qué se propone un poeta, qué intenta un escritor al usar de una figura ó referir un acontecimiento? Indudablemente despertar en el cerebro del que lee ó escucha, la misma idea que brota de su cerebro, el mismo sentimiento que hace latir su pecho, y la contemplacion exacta del cuadro que en su mente ha concebido, con igual energía en los contornos y con la misma viveza en el colorido, con la misma fuerza de entonacion; por eso buscan la dulzura del ritmo, la elegancia en las frases, y hasta la onomatopeya en las palabras.

Y ¿quién puede decir que el idioma castellano, el francés ó el inglés, no hacen sentir á un hombre que hable cualquiera de estos idiomas, las bellezas de Homero y de Virgilio, con Hermosilla, con Pope, con Delille, con Madame Dacier ó con Miguel Antonio Caro?

Seria necesario que en todo el mundo no se hablara más que un sólo idioma, y que en ese idioma hubieran escrito todos los autores.

Las religiones no serian posibles sino entre los individuos que hablaran en la lengua del fundador, porque si comprender las bellezas poéticas por medio de una traduccion es imposible, los misterios y las sutilezas teológicas, que forman el fondo de las religiones, hubieran tenido que morir en su cuna.

Ninguna de las naciones que hoy profesan el cristianismo tendria idea de los Evangelios, y muy pocos alcanzarian el sentido de las Escrituras, redactadas en idiomas

que hoy se llaman muertos, y conocidas sólo por las traducciones.

Homero pinta un combate delante de los muros de Troya, y ocurre para dar brillo á su épico relato, á la figura de un leon cayendo sobre un rebaño; las palabras no serán las mismas del inmortal cantor de la Iliada, pero el que leyere una buena traduccion, verá levantarse ante sus ojos, como evocados por un conjuro mágico, aquellos guerreros, caminando sobre sus carros en medio de las enemigas huestes; verá caer uno tras otro á sus poderosos adversarios, y luego, trasportado por la voz del poeta, contemplará el ensangrentado redil en donde el leon, con las fauces cubiertas de espuma, siembra el espanto en la inerme grey.

Supuesto que todos esos maestros que anatematizan á los traductores, quisieron pasar por sabios en esta materia, bueno habria sido ir más adelante, no contentándose sólo con asentar *á priori*, que es imposible comprender á un poeta si no se le puede saborear en el original, y que hubieran estudiado en el cerebro del hombre los fenómenos de la sensibilidad y del pensamiento.

Es opinion recibida, que la facultad del lenguaje articulado está circunscrita á una pequeña parte de los hemisferios cerebrales, en el borde superior de la cisura de Sylvius, frente á la ínsula de Reil y ocupando entre la mitad y tercera parte superior de la tercera circunvolucion frontal. Esta aseveracion que induce á localizar en

diversos puntos de la masa encefálica las operaciones del pensamiento, estudiada por Broca, ha tenido comprobacion en las observaciones más modernas por las perturbaciones que causa una lesion en el cerebro, y que produce, ya la amnésia paralítica, ya la incoordinada, ya la aphasia, la agraphia ó la aphémia. Así lo dice Charlton Bastian en la adicion de su obra sobre el cerebro y el pensamiento, publicada en Paris en el presente año.

Pues bien, el cerebro, educado para pensar en el idioma materno, al recibir la impresion de un idioma extraño, por más que á fuerza de estudio haya llegado á familiarizarse con él, siempre ejecuta esa operacion que se llama *traducir*, aun cuando se suponga con algunos, que se puede llegar á pensar en idioma extraño.

«La influencia de la lengua que primero se ha apren-«dido,» dice el famoso filologista americano Whitney, en su obra intitulada: «La vida del lenguaje,» «no se «borra jamas de un espíritu. Son formas que una vez «creadas, no pueden refundirse. Cuando aprendemos «una lengua nueva no hacemos más que *traducir* sus pa-«labras á la nuestra.»

Llega sin embargo una época en que ya no necesitamos hacer esa traduccion, ó que al ménos no tenemos conciencia de que se ejecute ese procedimiento en nuestro cerebro; entónces algunos filólogos creen que se piensa ya en esa lengua extraña, puesto que aun la nuestra llega á olvidarse algunas veces.

Yo difiero enteramente de su opinion. La lengua materna se adquiere, para decirlo en su último análisis, aplicando las palabras á los objetos; los niños conocen las cosas por sus nombres, ántes de poder ellos pronunciar esos nombres; por ejemplo: en una casa católica la madre le enseña al niño un crucifijo, y le dice: «papá Dios,» y cierra las manos en actitud de plegaria: el niño no comprende la relacion entre esas palabras, mejor dicho, entre esos sonidos y la imágen del Crucificado, y la actitud de súplica; pero cada vez que ó le pongan delante la imágen, ó le repitan esas palabras, juntará sus manos, indicando con esto que se ha despertado en su cerebro la misma idea.

Aquella idea tiene su nombre en aquellas palabras, y ha de aparecer siempre con ellas, porque los «cerebros «humanos, dice el doctor Luys en su obra «El cerebro «y sus funciones,» en presencia de incitaciones exteriores «que llegan á conmover su *sensorium*, reobran (respon-«den), en todo tiempo, de una manera idéntica y comun. «Representan todos, más ó ménos, una serie infinita de «prismas de la misma composicion, expuestos en ángu-«los semejantes á los mismos rayos incitadores que lle-«gan á atravesarlos.»

Las palabras aplicadas á las ideas, no vienen, pues, cuando se pronuncian delante del que conoce el idioma á que pertenecen, sino á poner en actividad impresiones adquiridas, que almacenadas en las regiones del cerebro,

permanecen en estado latente, y que forman con su acumulacion el fondo del lenguaje y la reserva de que se hace uso para el comercio intelectual entre los hombres.

Pero al mismo tiempo, con la lengua materna se va formando lo que puede llamarse «el lenguaje interno,» el lenguaje del pensamiento que no necesita ya nombrar la cosa, ni la relacion, sino que las combina sin signo, y entónces, cuando el cerebro ha alcanzado el pleno desarrollo en un idioma cualquiera, no sucede ya como en el niño, que la palabra concreta la idea; es la cosa ó la comparacion que apropia la palabra, y vienen la sinonimia, y la figura, y la metáfora, haciendo revivir, no ya la impresion adquirida y dormida, sino la palabra que la produjo primitivamente.

Así, cuando una lengua extraña llega á hablarse con facilidad, sus palabras vienen á ser tan familiares que no se traducen ya; pero forman, no palabras de ajeno idioma para el cerebro, sino realmente sinónimos de las palabras de la lengua materna: no se piensa en ese nuevo idioma, porque las impresiones y las relaciones están ya formadas por el primitivo; se piensa en «lenguaje interno.» Una vez formada, recibida la impresion que corresponda en un cerebro á la palabra «Dios,» es la *misma* impresion la que despierta el «Deus» latino, el «Theos» griego, el «Good» inglés, el «Teotl» nahuatl, para todos los que conozcan estos idiomas, porque—como dice Charlton Bastian, citando á Thomson—dos interlocutores (1) no se detienen á investigar el sentido y significacion exacta de las palabras, «como no reflexionarian que «cada soberano que pasa por sus manos equivale á 240 «peniques.»

La traduccion puede producir tanto ó más efecto que el original, indudablemente, segun que el lector de una ó de otra, sean más á propósito para recibir la impresion.

Un lector que no haya visto jamas un leon furioso, aun cuando su lengua materna sea el griego antiguo, comprenderá ménos una descripcion que haga Homero de un leon furioso, que un hombre que lea esa descripcion traducida á su idioma, pero que haya presenciado en las montañas las terribles escenas de cólera del rey de las selvas.

El poeta no hace más que despertar impresiones existentes y producirlas por medio de comparaciones entre elementos formados de ideas preexistentes en sus lectores; el efecto será mayor cuando esos elementos ó impresiones sean más vivos y cuando el procedimiento intelectual en el lector para la comparacion, sea más rápido y más feliz.

Así, en las traducciones, la belleza de la idea despertada, depende (2) del lector; las apreciaciones sobre la pureza (3) del lenguaje en el original, eso es cuenta de literatos que siempre (3) califican segun sus gustos.

Pero aun hay más, aun puede profundizarse esta materia.

(1) Si son listos de verdad sí que lo hacen.
2 En parte
3 Todo esto está anticuado

El procedimiento intelectual para entender una lengua extranjera cuando aun no es completamente familiar, debe comprenderse en la categoría más complexa de acciones voluntarias, pues no se requiere sólo lo que constituye una accion voluntaria simple, segun James Mill, «la idea ó sensacion, el acto, y entre una y otro un deseo, un movimiento,» *senso–motor* ó *ideo–motor;* hay además combinaciones nuevas y variadas que aumentan la dificultad de conseguir el resultado; hay que buscar la palabra que corresponda á la idea preexistente, ó la idea que debe formarse por la palabra nueva.

Pero este trabajo, este procedimiento cerebral extraño, dificil y complicado á fuerza de ejercitarse con atencion, llega á ser completamente sencillo y familiar, y entónces, como dice Bastian: «Al alcanzar el último grado de per-«feccion, las acciones ántes *voluntarias* en el sentido más «estricto de la expresion, pasan á la categoría de *automá-«ticas secundarias*, pues la idea, la sensacion ó la emocion, «pueden ser seguidas sin intervencion de estado cons-«ciente alguno de un movimiento complexo. Así, mo-«vimientos que el individuo no podia ejecutar sino len-«ta y penosamente, llegan á serle tan fáciles como las *au-«tomáticas primarias.*»

Esto es lo que indudablemente puede aplicarse á esas personas de quienes se dice que piensan en un idioma que no es el suyo.

Todo esto debe entenderse en el supuesto de que se

trata de dos idiomas, poco más ó ménos igualmente pulidos, ricos y trabajados, pues si la referencia de una traduccion es al Polynesio, ó á alguno de los que se hablan en el centro del Africa, las palabras del original no encontrarán ni equivalentes que expresen la idea, ni la idea podrá llegar á formarse en los cerebros que no estaban preparados para ella.

Porque un lenguaje rico y trabajado hace adquirir al que le aprende, si el suyo no está á la misma altura, multitud de conocimientos nuevos, permitiéndole al mismo tiempo clasificar con claridad los adquiridos anteriormente.

Pero volvamos á Ipandro Acaico y á su hermosa traduccion de Píndaro. Indudablemente que los maestros que busquen una version «literal» del príncipe de los líricos griegos, no ocurrirán á la obra de Ipandro; pero el que quiera formarse idea de las bellezas de relacion, de descripcion y de imágenes de Píndaro, podrá saborear los hermosos versos castellanos de nuestro compatriota.

Seguir servilmente al poeta griego en todas sus palabras, hubiera sido más fácil que traducirlo en verso; pero eso era un trabajo de escuela que ni hubiera sido grato á los lectores que no son helenistas, ni el poeta mexicano habria tenido un campo tan vasto para lucir sus ricas dotes.

Podrá decirse que esas traducciones en verso no son sino una imitacion más ó ménos brillante, conseguida á expensas de la fidelidad y de la exactitud, ó una com-

posicion nueva sobre un asunto ya tratado, como dijo Richard Bentley á Pope, á propósito de la traduccion de la Iliada: «un bellísimo poema, pero no el de Homero.» Esto no es exactamente cierto; hay necesidad de apartarse del original, pero la idea y las imágenes producen casi siempre el mismo efecto.

Para que pueda verse cuál ha sido el trabajo penoso de Ipandro Acaico y cuánto ha ganado su traduccion métrica sobre la literal, me permito citar algunos trozos de una y de otra: sea por ejemplo en la oda I de las Neméas.

Dice la traduccion literal, sin responder yo de que sea perfecta:

«Respiracion augusta de Alphéo, Ortigia, vástago de la ilustre Syracusa; asiento preferido de Diana; de tí se lanza el himno de dulces palabras para fundar la grande alabanza de los caballos de piés rápidos como la tempestad, que deleitará á Júpiter Etnéo; porque el carro de Crómio y Neméo me excitan á componer un canto de elogio por los trabajos que alcanzaren la victoria.»

Ipandro Acaico dice:

Vástago de la noble Syracusa,
Ortigia sacra, que reposo á Alfeo
Diste cuando corrió tras Aretusa!
Los rápidos corceles que el Neméo
Triunfo obtuvieron, cantará mi musa,
Y á Crómio al celebrar, y á Jove Etnéo,
Empezaré por tí, cuna de Diana,
Y de la errante Délos bella hermana.

Dice la invocacion á la paz, oda VIII de las Pythicas, literalmente:

«Bendita paz, hija de la justicia, que haces más grandes las ciudades, que posees las llaves supremas de los Consejos y de las Guerras, admite el honor de la victoria Pythica de Aristomenes, porque tú sabes hacer y probar igualmente las dulzuras, con una oportunidad exacta.»

Ipandro Acaico dice:

¡Oh Paz, hija divina
De la Justicia, cuya augusta mente
A la bondad se inclina;
Para los pueblos de riqueza fuente,
Que las supremas llaves
Tienes de guerras y consejos graves!
La espléndida corona
Que rendido te ofrece Aristoménes,
Y que alcanzó en Pytona,
Recibe, ¡oh Diosa! pues á dicha tienes,
Segun las ocasiones,
Distribuir y aceptar preciosos dones.

La traduccion métrica de Píndaro no sólo es una honra y una novedad para el pueblo que vió nacer al traductor, sino tambien para todos los que hablan la lengua de Cervantes.

Hay, sin embargo, algunas nubecillas,
Pero ¿en qué firmamento no hay nublados?

y yo voy á apuntar algunos que quizá no valdrán la pena y que quisiera ver desaparecer de la obra.

Por ejemplo, en la oda VI de las Olímpicas, dice un terceto de Ipandro:

« Fué Pitana gentil, ninfa sencilla
Que Neptuno sedujo; y de aquel lazo
Provino Evadne, *dulce morenilla.*»

Eso de *dulce morenilla*, podrá ser muy castizo; pero no cuadra bien con el estilo elevado, ni de esa ni de ninguna oda; quedaria perfectamente colocado en uno de esos cantares andaluces, por el estilo de:

Moreno pintan á Cristo,
Morena á la Magdalena,
Moreno es el bien que adoro.
¡Viva mi dulce morena!

O en boca del viejo D. Restituto, el de la « Familia improvisada,» cuando está refiriendo sus campañas amorosas con la *valencianita* y la *morenilla;* pero no en las atildadas composiciones de todo un Ipandro Acaico.

En la oda IV de las Pythicas, dice así:

De Jolcos al llano
Verás un guerrero
Que baja del monte
Con doble lanzon.
¿Será ciudadano?
¿Será forastero?
No importa: tú ponte
En guardia, ¡oh varon!
Y está preparado
Al rudo combate
En tanto que se ate
Un solo calzado.

¿Es verdad que estos versos desdicen de la altura á que el poeta ha levantado el estro? El metro, quizá por el uso que tiene en las pastorelas, ha caido del favor de las personas de buen gusto, y luego eso del *doble lanzon* está muy *campechano;* ese aumentativo de lanza trae á la memoria del lector, aun cuando sea en contra de su voluntad, aquello de

« Era tanta la pujanza
de Señor San Baltasar,
que una vez llegó á ensartar
ciento cincuenta en su lanza.
¡Oh lanza, divina lanza,
lanza, lancita, lanzon,
dános mucha contricion
y la bienaventuranza!»

Amén.

Tanto más, cuanto que la traduccion literal de la estrofa, poco más ó ménos dice así:

« El oráculo terrible pronunciado en el centro de la tierra, viene á conmover el corazon del sabio monarca; *deberá sin cesar estar en guardia contra el hombre calzado de un solo pié, que desde el fondo de la montaña descenderá del lado del Poniente á las llanuras de los ilustres Jolcos, extranjero ó ciudadano.*»

No debió, pues, adelantarse Ipandro á hablar del *doble lanzon* en esa estrofa cuando en la siguiente dice Píndaro: « *Apareció, en fin, este terrible mortal, la mano arma-*

da de dos flechas, etc., etc., que traduce elegantemente Ipandro Acaico en una octava que comienza:

« El semidios que predijera el bardo
Llega por fin vibrando doble lanza, »

Pues esto es; así se dice, y el *doble lanzon* sale sobrando.

La traduccion aquí no podia ser tan libre que se pusiera: «en tanto que se ate, un sólo calzado;» y doble lanza por «doble flecha ó venablo,» porque Píndaro no puso arbitrariamente: «*calzado* de un sólo pié,» y más adelante: «la mano armada de doble flecha;» quisieron hablar, el oráculo primero, y luego el poeta, de un «arquero,» y entre los griegos, los arqueros se descalzaban siempre un pié para tirar y combatir, con el objeto de estar más firmes: así lo dice Thucydides, en su historia de la guerra del Peloponeso, al referir el sitio de Platea.

Era, pues, necesario conservar la idea original, que no podia cambiarse sin desnaturalizar el sentido.

En la oda II de las Pythicas, dice, hablando de Ixion:

Del mísero Ixion narra la fama
Que en la rueda girando eternamente,
Por órden de los dioses así exclama:
« Paga ¡oh mortal! con gratitud ardiente
Los beneficios de amorosa mano. »
¡Ay, lo aprendió á su costa el insolente!

Eso de que *lo aprendió á su costa el insolente*, será muy castellano y hasta muy académico, y muy digno de que

se lo apliquen á Cero; pero viene tanto al caso como una égloga de Virgilio en el prefacio de una misa cantada.

La traduccion literal es la siguiente: *cuentan que Ixion, girando siempre sobre la rueda, dice estas cosas á los mortales por órden de los Dioses: es preciso pagar los beneficios recibidos con amable retribucion, y él lo aprendió claramente*, aunque otros traducen: *él no lo supo sino muy tarde.*

Sentiré que Ipandro se disguste porque no encuentro ese regaño doméstico dirigido á Ixion, digno de sus clásicos versos; pero la verdad, si no lo dijera lo pensaria, y como yo otros muchos: que la única gracia de mis artículos es: que pienso como la multitud, ó que la multitud piensa como yo.